

## Cuento

## Veinte mundos y cincuenta minutos

LUIS MARTÍNEZ

El profesor subraya cada palabra suya con un gesto elocuente. Es expresivo, nervioso, ágil. Los ojos le fulgulan como si muy adentro llevara una lumbre. El reloj da las diez.

—El poema es un organismo vivo. Alienta, palpita, en él, el espíritu del autor. Es una criatura que vibra. No se puede estudiar como una cosa muerta.

El salón amplio, luminoso, con sus grandes ventanales que retratan al cielo, parece un charco de silencio. Veinte estudiantes disciplinados y serios lo escuchan con fervor. Son las diez y cinco minutos de la mañana.

El profesor prosigue con calor.

—La historia estudia lo acaecido, lo que pasó. Es un desfile de cadáveres, de hechos muertos. La literatura...

Mario le clava los ojos fijamente. Su mirada profunda, su pupila inquisitiva, le recuerda a su padre.

—Te detesto. Me quieres, pero me aplastas. Me absorbes. Ahogas mi personalidad. Eres un hombre brillante. A tu lado yo no soy yo. No soy más que el hijo de Don Pedro.

—¡Mario!

—Por eso te odio porque no me dejas ser yo mismo. Quieres que piense como tú, que actúe como tú, que hable como tú, que sea abogado como tú...

—Sólo deseo que triunfes, que seas feliz.

—No comprendes que tengo veinte años, que quiero liberarme, que anhelo ser yo mismo, no una mera copia tuya.

—¡Desagradecido!

—¡Egoísta!

—No te das cuenta que mi amor te vigila y te protege contra ti mismo. ¡Tu peor enemigo eres tú!

—¡Te odio! ¡Te odio!

—¿Qué dice usted, joven? ¿Por qué me interrumpe?

—Perdón, profesor. Pensaba en voz alta.

El profesor continuó con su voz suave como de terciopelo. Son las diez y quince minutos en punto.

—La obra literaria es como un hijo. Procede del padre, que es el autor. Pero tiene una personalidad nueva, distinta.

Mueve las manos con gracia. Sus dedos largos y finos parecen dibujar las ideas en el aire. Margarita lo mira ensimismada. Sigue el movimiento de sus brazos con fruición.

—Te amo. Me gustan tus ojos febriles, tus manos finas, tu voz como de cristal y de seda.

—¿Me lo dices a mí?

—Estaba pensando.

—Nunca me habías hablado así.

—Hablabas al hombre de mis sueños.

—Que no soy yo.

—Te quiero mucho, René. Eres mi vida entera. Pero mi corazón te quisiera más dulce, más tierno. Me gustaría que me dijeras palabras bonitas. No sabes querer.

—Nunca me lo habías dicho.

—Cuando nos comprometimos yo era una muchacha inexperta. Ahora tengo veinte años. He madurado.

—Has conocido a otros hombres. Por ejemplo, al profesor de literatura. No haces más que hablar de él...

—Es verdad.

—A su lado, yo no valgo nada.

—Son distintos. Él es un artista.

—Y yo, un vulgar secretario.

—Perdón, René. Estoy confundida. Me siento sola, como abandonada. No sé qué hacer.

—Ya no me quieres.

—El mundo ha cambiado para mí. Todo me parece distinto

desde que entré en la universidad. Nuestra vida de antes se me antoja tan lejana, tan irreal. Me parece imposible haber sido lo que fui.

—La muchacha tonta que se enamoró de mí.

—¡René! ¡René!

Un sollozo le agitó el pecho. Las pupilas se le nublaron. En medio del quebranto le parecía oír, como en sueños, la voz del profesor. El reloj da la media.

—En cada verso el autor resucita. Cada poema es como una resurrección.

Juan lo mira absorto. Es un muchacho alto y dulce. La voz del profesor le penetra muy adentro como una corriente de agua fina.

—Me gusta oírte hablar, Ricardo.

—No sé por qué.

—Tienes un metal de voz especial. Parece que acaricias las palabras cuando las pronuncias.

—Gracias.

—No me cansaría nunca de oírte. Me pasaría horas y horas a tu lado como embrujado por tu voz.

—Me haces reír.

—Es que siento por ti una devoción especial. No sabría definirla. Pero hay una fuerza secreta que me lleva a ti.

—Somos muy afines.

—Pensamos lo mismo, tenemos los mismos gustos.

—Estamos muy identificados, Juan. No en balde somos compañeros.

—Es que me haces falta. Te necesito. El día que no te veo me parece que no sale el sol... Ricardo... ¡Ricardo!

Y pronunció con calor su nombre como si lo quemase muy adentro del pecho.

—¡Estás loco, Juan!

—Sí.

Se acercó y le pasó las manos por los cabellos de ébano y lo miró hondamente a los ojos como si quisiera sorberle toda la luz de su alma.

—¡Ricardo! —musitó suavemente.

—¿A quién llama usted? ¿Qué dice?

—Perdón, profesor. Se me escapó la palabra.

—La atención es fundamental. No olviden que la clase es un

taller de trabajo. No dejen volar sus pensamientos. Recuerden que atender es entender.

—No nos regañe.

Rosa salta como una leona herida:

—Creo que no puede quejarse de nosotros. Somos veinte estudiantes —veinte mundos distintos— y todos lo atendemos como si fuéramos uno solo.

—Lo sé y lo agradezco. Créanme que me conmueve el interés de ustedes por mi asignatura.

Se lleva las manos a la cabeza y se alisa el cabello. Son las diez y cuarenta minutos de la mañana. El reloj marca la hora con sus dos índices torvos. El profesor tose y sonríe.

—No te sonrías. No me haces gracia. Eres una mala persona.

—¡Rosa!

—Aunque vuelvas arrepentida ya nos hiciste el daño.

—Lo sé.

—Nos dejaste por un hombre cualquiera. Olvidaste que tenías un esposo y tres hijos.

—¡Respétame!

—Las mujeres como tú son indignas de la maternidad. ¡Te de-  
testo!

—Déjame ver a tus hermanos.

—No.

—¿Dónde están?

—¡No los verás nunca!

—¡Rosa!

—¡Tú has muerto para nosotros!

—¡Son mis hijos!

—La madre que olvida sus deberes deja de serlo. ¡Ya tú no eres nuestra madre!

Y la vio monstruosa, como una perra sucia, gigantesca, con los colmillos afilados y la melena hirsuta.

—¡No! ¡No me mires así, Rosa!

—¡Te desprecio! ¡Vete! ¡Vete tras el hombre que te ha enfangado toda! ¡Ya tú no tienes hijos!

Y sacó del libro una plegadera afilada para hundirla en el pecho del monstruo. Jadeaba. Pero cuando fue a clavarla con furia todo se le volvió un charco de sangre sucio y maloliente.

—¡Profesor!

—Diga.

—Déjeme salir. ¡Me siento mal!

—¿Qué le sucede, Rosa?

—Me falta el aire. Este salón es una cárcel para mí. ¡Me ahogo!

—Salga, pues.

El profesor mira el reloj. Son las diez y cuarenta y cinco minutos. El cielo azul se cuele a través de los ventanales. Sonríe. Carlitos lo mira fruciosamente.

—Crear es ser como Dios. El artista es un dios pequeño. Cada poema es un mundo con sus ortos y sus leyes... El amor es el gran motor del arte...

—¡Amor!

—Carlitos...

—No me hables. Ya sé que estás enamorada de otro.

—¡Mientes!

—¡Amas al profesor!

—¿Estás celoso?

—Escribes versos para él...

—¡Tonto! Los escribo para ti. El profesor pertenece a otro mundo. Es un hombre mayor. No me comprendería...

—¿Estás segura, María Eugenia?

—¡Claro!

—¿Y por qué siempre hablas continuamente de él? No te lo quitas de los labios...

—Porque lo estimo, lo admiro... Pero mi hombre eres tú... ¡No tengas celos!

Y lo besó cálidamente en los labios. Sintió que su sangre se encendía. Lo apretó fuertemente contra su pecho. Al muchacho le pareció que una llama secreta, oscura, como hecha de lumbres nuevas, le recorría el cuerpo. Y un deseo desconocido, apremiante, que le secaba la boca, lo quemó por un momento. Cuando los dos se fundieron en uno, sintió tan tremenda sacudida, que creyó que la muerte se lo había tragado de una dentellada. Era su primera experiencia amorosa.

Carlitos mira a María Eugenia de soslayo. El recuerdo le hace galopar la sangre entre las venas. Ella le sonríe. El profesor repite:

—El poema es un organismo vivo. Es un hijo espiritual del autor. Pero con una personalidad distinta, nueva, diferente. Tiene una vida propia.

Subraya cada palabra suya con un gesto elocuente. Es expresivo, nervioso, ágil.

—Son las diez y cincuenta minutos de la mañana. La clase ha terminado. Muchas gracias por la atención.

En Ponce, a los 28 días del mes  
de febrero de 1975.